



A la vuelta de Chandigarh, coloreados por el aire de unas tierras antiguas, recibimos los hermosos textos que Manuel de Falla y Federico García Lorca escribieran con motivo del primer concurso de cante celebrado en Granada en 1922. Manuscritos leves, que hablan del origen indio del cante jondo, y que permiten acercarse a las personas admiradas, a la frescura de unos trazos que, sea por un instante, hacen de uno confidente de un retazo de la historia.

Nos dejamos transportar por estos textos, arrastrados por la constante búsqueda de modelos que caracteriza, obsesivamente, el pensamiento moderno: reflexiones sobre el género inarmónico que aparece en el orden natural por imitación del canto de las aves, del grito de los animales y de los infinitos ruidos de la materia; o el uso reiterado de una misma nota, procedimiento mas propio de ciertas formas de encantamiento... Todas ellas tienen, sin embargo, un hilo conductor: la suposición de algunos de que el cante es anterior a las demás formas del lenguaje o que, incluso como sugiere Falla, palabra y cante fueron en su origen una misma cosa.

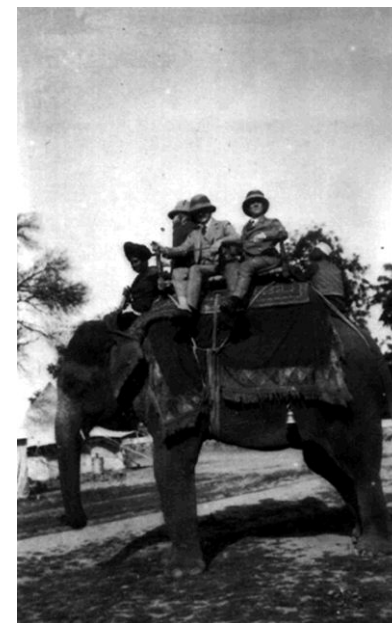
La desnudez del cante, la rotundidad con que aúna forma y expresión, su escueta economía, son hechos que nos invitan a un nuevo viaje en el que se entreveran la distancia y el recuerdo. Son viajes de las ideas que van y vuelven con el aire del tiempo, removiendo nuestro pensamiento como un cedazo ante una

*"Los verdaderos poemas del cante jondo no son de nadie, están flotando en el aire como vilanos de oro y cada generación los viste de un color distinto, para abandonarlas a las futuras.*

*Los verdaderos poemas del cante jondo están en substancia, sobre una veleta ideal que cambia de dirección con el aire del tiempo."*

Terreno vacío... El nacimiento de una capital. Fotografía del capitán Swinton, Lutyens y Baker sobre un elefante, explorando el territorio en busca del lugar donde construir Nueva Delhi.

El presente texto recoge las ideas deslizadas en la última clase del taller de proyectos de la E.T.S.A.M. de los profesores Luis M. Mansilla, Luis Rojo y Emilio Tuñón en el curso 1993.94, en el que se viajó a Chandigarh. Madrid, 1 de Junio de 1994



La arquitectura aparece entonces como fruto del mestizaje de lo artificial y lo natural, capaz de asentarse en los límites de la naturaleza pero sin perder su condición de artificio construido. Como piedras, como peces o como pájaros -todos ellos complejos pero coherentes en si mismos, a un tiempo parecidos pero siempre distintos en su estructura, sus perfiles, su forma de relacionarse con el exterior- y , a la vez, el fruto de un pensamiento que llegó a tomar forma. Lo importante es el rodeo, la aproximación, el proceso en el que toda actividad intelectual te envuelve. (Quisiéramos hablar, como Venturi, de una arquitectura impregnada por la riqueza y la ambigüedad de la inagotada experiencia moderna, de sus mutaciones y sus continuos procesos de transformación. Con los ojos con los que John Cage miraba a la calle y era capaz de descubrir la música de hoy en el ruido de los coches, quisieramos descubrir una arquitectura en la que, ya ajena al lenguaje y sin rastro de las convenciones anteriores, solo quedan sensaciones primarias).

Lejos queda la necesidad de encontrar un camino único, de saber con precisión cual es el objetivo al que, inexorablemente, debemos encaminarnos. Hacer arquitectura, participar como aficionados dentro de este disparatado y competitivo mundo, nos lleva a intuir que la substancia de esta se arrima a la naturaleza de los poemas del cante, tal y como los describía García Lorca en su conferencia inaugural del primer concurso de cante jondo en Granada:



"Le terrain était vide..." El nacimiento de una capital. Dibujo de Le Corbusier publicado en "Le Corbusier Oeuvre complète"

realidad muda, tenazmente indiferente a sus explicaciones, en la que apenas permanece la presencia de unas sensaciones. Y en la que los aficionados a la arquitectura creemos intuir, cuando la observamos, otras cosas... Cosas que solo pertenecen a la persona que observa, pues los objetos no cambian con nuestra mirada pero nosotros si. Y es ahí donde, quizás, resida la diferencia entre el carácter inerte de lo construido y la vitalidad del acto de proyectar.

Ineludiblemente, y al igual que nosotros, la arquitectura está abocada a las transformaciones fruto de los juegos especulares de la mirada, proyectándose al exterior en busca de modelos que reconstruyan su forma. Diluídos sus límites, imprecisa su periferia, la arquitectura se ofrece como un receptor cóncavo, como aquel dibujo trazado por Le Corbusier al ver, por vez primera, el lugar de Chandigarh y bajo el que dejó escrita una premonición: "le terrain était vide..."

Terreno vacío..., en el que lo importante no es ya enunciar la existencia de un método único sino el ver más y de forma diferente: Es la construcción de una cartografía dibujada a ras de tierra, un mapa plano, múltiple, más parcial pero también mas vivo y en el que las memorias y los hechos quedan atrapados e igualados en la condición de huellas e inscripciones.

Terreno vacío..., una superficie en la que, en la forma de simples marcas y con una uniformidad aterradora, se condensan los hechos y sus secuencias, el pensamiento y sus herramientas, la historia y sus versiones, los lenguajes y sus códigos.

Al fijar nuestra mirada en la naturaleza, o en tantos otros artificios creados por el hombre, advertimos que el orden, el azar o la regularidad no se agotan en la geometría. El acto de proyectar se dibuja como un camino infinito, ligado a una actitud nómada, en el que el propio deambular es capaz de impregnar desde la forma de asentarse en la ciudad hasta el carácter de un herraje.

Nos gustan los proyectos cuyas ideas en la génesis no contienen la forma a la que finalmente arriban. Nos gusta escuchar a Scharoun hablar de las terrazas de vides cuando piensa la Filarmónica de Berlín; nos gusta cuando Pietilä sueña con las montañas del Himalaya al trazar las cubiertas de la Embajada de

Finlandia en Nueva Delhi, nos gustan los rios, los canales y puertos de Kahn en su proyecto para el centro de Filadelfia, o cuando Koolhaas habla de las nubes, en continuo movimiento, para referirse a la forma de las ciudades...

Cada proyecto puede así vincularse a una reflexión distinta y discontinua, sea ésta sobre la re-definición de un objeto, un pensamiento, una intuición, o, las mas de las veces, una obsesión que permite integrar distintas sensibilidades a un tiempo, superponiendo sobre el plano códigos independientes, de forma que se torne irrelevante pensar en una relación sistemática o rigorista con la función, la técnica, la historia o el contexto, pues todo ello es percibido tan naturalmente como el aire que respiramos. Es una conversación inconclusa , un rodear que conduce a hacer las cosas de nuevo y por ello, uno es incapaz de aclarar con exactitud que es lo que se propone hacer antes de elaborar las herramientas con el que acierta a realizarlo.

Pensar la arquitectura como algo ajeno al lenguaje hace posible enunciar principios al margen de su formalización, y ello ayuda a explicar el porqué la arquitectura debe ser pensada con independencia de su forma pero es, al tiempo y ante todo, su forma de expresión. Al fin y al cabo, el orden de las cosas es independiente del orden de las ideas.